

## ANEXO 4

---

### Materiales decorativos\*

*Myriam Nemirovsky*

Incluyo los objetos decorativos como materiales didácticos porque, al utilizarse para decorar el espacio escolar, indica que se consideran educativos –todo lo que colocamos y hacemos en la escuela está sustentado en criterios educativos. En este caso, la función didáctica sería hacer el ambiente escolar más agradable y estético.

Me voy a centrar en los materiales colocados en las paredes del aula o de los pasillos escolares. Hay con frecuencia escenas como las siguientes: imágenes que representan las diferentes estaciones del año –¡siempre las estaciones del año!–, imágenes de personajes de películas de dibujos animados, imágenes de bosques... Imágenes hechas por los maestros, con enorme esfuerzo, dedicación y cariño. Llega a haber maestros que consideran un déficit personal –en relación con el ser maestro– su restringida capacidad para hacer dichas decoraciones, lo cual da muestra de la importancia que se les concede. Al respecto, habría de señalar al menos tres aspectos:

- La capacidad docente no guarda la relación con la forma de dibujar, recortar, colorear, pintar, rellenar, porque las habilidades manuales no tienen nada que ver con los niveles de desempeño en la actividad profesional. Esta idea –suponer que sí es relevante la habilidad manual del docente– implica una grave devaluación de su papel y se refiere exclusivamente a los docentes que trabajan con los niveles iniciales de la escolaridad. De ningún docente de niveles más avanzados del sistema educativo –secundario, universitario– se tiene dato alguno acerca de sus habilidades para hacer decoraciones y, justamente, parecería que constituyen un estamento profesional más cualificado. No será casual. Valorar la función educativa de los maestros de niveles iniciales de escolaridad también implica *no otorgar la menor relevancia a la forma en la cual se desempeñan manualmente*.
- ¿Cuánto tiempo requiere la realización de estas decoraciones? Existe tanta devaluación que parecería no importar el tiempo que el docente invierte en esas tareas (aun

---

\* En *Sobre la enseñanza del lenguaje escrito... y temas aledaños*, México, Paidós (Maestros y enseñanza), 1999, pp. 101-104.

cuando sea muy *habilitoso*). Si invirtiera ese tiempo en leer artículos de su especialidad, analizar la situación de su grupo, planificar situaciones didácticas, organizar reuniones con familiares de los niños, escribir reseñas sobre actividades realizadas, implicaría un proceso de valorización de su función, así como de aprendizaje y avance profesional, por lo tanto, de mejor desempeño de su trabajo.

- Además, ¿constituyen esas decoraciones una auténtica fuente de aprendizaje estético para los niños? Por más *bonitas* que luzcan, no dejan de ser imágenes planas, simples –en el sentido más *simplista* del término. Esto obedece a la idea de que a los niños pequeños hay que ofrecerles lo simple. Pero ¿acaso es cierto?

Existe una alternativa para usar didácticamente las paredes de la escuela –esto no implica, desde luego, dejar de exponer las producciones plásticas de los niños, práctica cuya importancia es obvia; se trata solamente de sustituir las decoraciones elaboradas por los docentes–; dicha alternativa consiste en colocar reproducciones de pintores consagrados. De esta forma, el maestro libera el tiempo dedicado a preparar decorados (para hacer otras cosas mucho más relevantes) y los niños conviven con auténticos espacios didácticos que propician realmente el conocimiento, el aprendizaje y el goce estético. Así, los muros escolares hablan de los grandes creadores, de los autores plásticos que constituyen hitos de la pintura universal.

Tomemos el ejemplo de las flores (suele haber muchas flores en las decoraciones escolares). Aunque estén muy bien realizadas, ¿no serán auténticamente mejores las flores hechas por Vincent van Gogh o por Diego Rivera? ¿No será más didáctico ofrecer a los niños el conocimiento de esas obras y un vínculo con ellas?

Los niños también son buenos evaluadores en la dimensión estética, son capaces de distinguir una producción banal de una con valor artístico real, y cuanto más contribuimos a vincularlos con el mundo del arte, mayor es su capacidad de hacerlo. Al igual que en otros campos, en éste también se aprende haciendo: es la interacción con producciones artísticas lo que permite avanzar en el dominio y el placer que brinda ese ámbito del quehacer humano.

En una clase de niños de cinco años, éstos conversaban sobre lo que habían hecho en las vacaciones. Una niña contó que, estando con la familia en París, había visitado el Museo del Louvre, y con entusiasmo hizo referencia a algunos de los cuadros que había visto, habló de imágenes y de colores, de tamaños y de luces; también llevó a la escuela algunas tarjetas postales de cuadros allí expuestos que había traído expresamente. En ese momento, un compañerito intervino: “¡Vaya fiasco!, a mí sólo me llevaron a Euro Disney. Se lo diré a mi padre”. Otra anécdota que corrobora el planteamiento realizado es la siguiente. Una maestra comentaba en una reunión de trabajo que un día llevó a su sobrino de tres años al centro de salud, para una revisión. En el recinto de entrada había una reproducción de Kandinsky, el pequeño se detuvo y se quedó observándola con detenimiento, comentando a su tía que las figuras volaban, y que eso le parecía muy bonito. Siguieron su camino y fueron al piso de

pediatría, en cuyas paredes había figuras de dibujos animados; el niño las miró y le dijo, sonriendo con cierta ternura y displicencia: “Esto es para los pequeños”. Por supuesto, a él, con sus tres años de edad, ya le correspondía Kandinsky.

No es difícil ni complejo lograr que los muros de la escuela se conviertan en espacios donde el arte como tal se exprese en su mayor y mejor nivel.